

FLORY STELLA



Cecilia Villarreal Montoya

Recibido 1-II-2003 • Aceptado 1-III-2003

Flory Stella emprendió su aventura de vida recién iniciando el año 1944. La acogió en su seno una familia muy culta y humilde de Copey de Dota. Desde ese momento, Flory danzó con el viento, jugó con él, disfrutó y dibujó el movimiento de las nubes. Caminó los ríos, se deslizó entre sus piedras y disfrutó el salpicar y el sonido del agua. Se esfumó en los celajes cada atardecer creando y recreando los poderes inmensos y desconocidos de la expresión cotidiana de la naturaleza.

Apenas se introdujo en la lectura y la escritura se sumergió en ellas en busca de explicaciones mágicas sobre ese mundo que la apasionaba. Cada cosa que llegaba a sus manos era muy bien recibida y lo devoraba al mismo tiempo que lo recreaba, lo ampliaba y la reconstruía, expresando siempre su postura ante aquello. No se conformaba fácilmente con explicaciones que no tuvieran cabida y sentido en su forma de ver y experimentar el mundo.

Desde muy niña empezó a escribir sus propias experiencias ya que lograba siempre asumir una posición, un criterio, un comentario para aprobar, desaprobado, aceptar o rebatir sus propias percepciones

con respecto a los diferentes asuntos vitales. Fue premiada por sus cuentos y escuchada por sus elaboraciones teóricas en diferentes momentos de su vida.

El amor al estudio la hizo separarse de su familia de origen y trasladarse a San José para culminar con la primaria e incorporarse después al Liceo de Señoritas, en donde cultivó amistades con quienes también compartía sus preocupaciones y soluciones creativas en busca de un mundo más justo y solidario.

Así inició una nueva etapa de vida asumiéndose a sí misma, enfrentó miedos, soledad y angustia, al mismo tiempo que se fortalecía con el enriquecimiento intelectual, aspecto que compartió siempre con su padre, a quien amó, disfrutó, y quien la reconfortó en todo su camino de vida.

El amor profundo por su madre le permitía llenar esos ratos de desconcierto y expresar por medio de la pintura y la poesía el aliento, la ternura y la alegría que recibía de ella. Y en las frecuentes visitas a su Copey se regocijaba en el reencuentro con sus hermanas, hermano y el resto de su familia en aquel lugar de ensueño.

La experiencia de vivir en la capital le reforzó los principios morales infundados en su núcleo familiar. La búsqueda de la perfección, el dar lo mejor de sí misma, la honradez en todas sus dimensiones, la honestidad y el compromiso por buscar bienestar tanto para sí misma como para las personas con quienes estuviera compartiendo.

Siguiendo la tradición familiar, se formó como maestra e inició su desempeño como tal en una escuela rural. Se preocupaba de que sus estudiantes no sólo aprendieran, sino que también disfrutaran. Ligaba sus enseñanzas con la naturaleza y con las necesidades y expectativas personales de sus estudiantes.

Preocupada por lograr mejor su misión, continuó estudiando, realizó su licenciatura en Orientación y luego viajó a los Estados Unidos donde en sus estudios de postgrado profundizó en el desarrollo humano y nuevas teorías y técnicas para orientar y favorecer ese desarrollo en las personas de diferentes edades.

Fue en ese tiempo cuando conoció a Juan, su compañero de vida, a quien amó de diferentes formas y bajo diversas circunstancias. Hasta ese momento, se visualizaba a sí misma más como intelectual que como compañera y madre. Su vida dio un giro y la conformación de su núcleo familiar la asumió con gran pasión y entrega, y Juan José y Laura se convirtieron en su obra principal de vida. Ambos fueron su compañía incondicional y su descanso emocional.

En su adultez, la fuente de inspiración fue la conjunción del amor a su compañero, la veneración por su hija e hijo y la academia.

Flory Stella se entendió muy bien con la contradicción, principio movedor de la naturaleza misma. Con gran lucidez y creatividad encontraba salidas a sus preocupaciones, emociones y expectativas, eso sí, respetando sus principios de lealtad, respeto, solidaridad y búsqueda de la perfección.

La verdad tuvo siempre primacía en sus acciones y pensamientos, hasta fue dura, con quien tuviera que serlo, en con tal de hacer que se respetara la verdad.

El sentido de pertenencia la hizo dar lo mejor de sí misma en su familia, en la Universidad y en su comunidad. Fue muy intransigente con la mediocridad, la hipocresía, las faltas a la verdad, el desperdicio del tiempo y el irrespeto por la naturaleza. Esta actitud o bandera permanente de lucha le costó incomprendiones y hasta el ser rechazada o ignorado por quienes no la comprendieron.

La gran fortaleza interior de Flory Stella le permitió no sentir pena para comentar sobre sus aciertos, desaciertos, alegrías y frustraciones. Con gran apertura se expuso siempre a la crítica y a la discusión académica por medio de sus escritos y en su participación en diversos foros.

Flory tuvo el presentimiento de que su vida sería corta, y con gran premura convirtió algunos de sus sueños en realidades imperecederas. No peinó canas, no chineó nietos a pesar de que era uno de sus grandes anhelos. Tampoco disfrutó su pensión, ni alcanzó a construir su cabaña en Copey. Otro de sus grandes deseos era envejecer con su compañero.

La vejez no la dejó llegar a ella; sin embargo, Flory Stella en forma precavida, se adelantó y la anticipó con un acercamiento intelectual en una de sus últimas obras: *La Maestría en Gerontología*. Emocionalmente, hizo otro tanto con las figuras más significativas de su familia: la tía Lula, su padre y otros familiares. Además construyó amistades en "el foro del anciano", en "Ageco" y en actividades que ella misma organizaba o a las cuales asistía como invitada.

El placer por escribir sus experiencias y hallazgos lo conservó hasta sus últimos días. Ella tuvo el coraje de dejar escritos, aunque inéditos, sus últimos hallazgos, vivencias y encuentros con la naturaleza.

Entre más se desvanecían sus fuerzas, más cerca de la naturaleza y de su creador se sentía. Ella sabía que su partida dejaba un gran vacío entre quienes compartimos tantos años con ella y trató de prepararnos para este gran evento.

Tuve la gran oportunidad de ser amiga, disfrutamos de una relación muy cercana y confieso que el escribir estas pocas líneas impregnadas de mi cariño por ella, me ha llevado a derramar más lágrimas de dolor y de alegría al mismo tiempo, al recordar tantos momentos que compartimos.

También he revivido el vacío que siento por no tenerla cerca, así mismo, valorar sobremanera la amistad verdadera.

Los episodios de consuelo por su ausencia son llenados recreando la imagen de esa mujer rápida de movimientos, astuta, creativa, sonriente, impulsiva, con gran capacidad de escucha, comprometida consigo misma y con el resto de la humanidad.

Flory Stella partió en setiembre del 2002 en la misma ráfaga de viento que 58 años atrás la deslizó suavemente en este mundo.

Cecilia Villarreal Montoya
Docente de la Escuela de Orientación y
Educación Especial de la
Universidad de Costa Rica